

INTRODUCCION

por **LOTHAR BOSSLE***

En el decimoquinto año de su existencia y sin perjuicio de continuar con la prosecución de sus demás objetivos, el "Institut für Demokratieforschung" (Instituto de Investigaciones sobre la Democracia de la Universidad de Würzburg) se ha propuesto publicar todos los años un informe sobre la democracia. Para este efecto centrará sus reflexiones cada vez en otro país o región. También podría incluirse en este programa el tratar a un país europeo, sus posibilidades y peligros democráticos. Por lo general, sin embargo, se estudiarán países que se encuentran en desarrollo hacia la democracia.

Las experiencias europeas en el desenvolvimiento de la democracia como forma de Estado y de vida, enriquecidas por las experiencias de allende el Atlántico, pueden proporcionar a los países de Latinoamérica, Asia y Africa una ayuda importante en la construcción de sus democracias. Para mantener su credibilidad al proporcionar este apoyo intelectual, los europeos deben guardarse su orgullo de que la idea de la democracia nació en Occidente. Y esta idea, después de muchas y amargas recaídas, recibió también en Europa su primera verdadera configuración. Sin embargo, la historia de la democracia europea, en torno a la cual se han librado duras batallas, nos exige que no ocultemos nuestras propias dificultades al imponer y mantener este sistema, especialmente cuando nos atrevemos a dar consejos a otros pueblos. Un democracia libertaria, construida como una casa, con la voluntad de sus ciudadanos y, por así decirlo, legalizada ante notario por medio de una Constitución, siempre tiene que volver a renovarse; y las catástrofes internas o externas pueden destruir las democracias, tal como se destruye una casa. Un proceso destructor de esta clase lo sufrió Italia en 1922 cuando se impuso un sistema fascista y lo sufrió Alemania, en 1933, con el advenimiento al poder de Hitler. La detención de la posibilidad de desenvolvimiento de condiciones democráticas a través de una represión externa está presente en todo el ámbito de dominación ruso-soviética.

Chile, probablemente el país latinoamericano que ha asimilado mayormente las tradiciones europeas, muestra, por eso, una continuidad democrática que los alemanes no podemos exhibir. Su destino de alejamiento de su tradición democrática, que comenzó en 1970 con la elección de Salvador Allende, nos demuestra una vez más que la credulidad política sigue siendo el peor adversario de un sistema de advertencia prematura que dé la alerta ante los peligros a que está expuesta la democracia. Además, el grupo

***LOTHAR BOSSLE:** Profesor Catedrático de Sociología en la Universidad Bávara Julio-Maximiliano de Würzburg y Director del Instituto de Investigaciones sobre la Democracia, Alemania Federal.

de los políticos ingenuos engañados suele ser siempre el mismo: tal como Hitler en 1933 prometió escribir una carta al prelado Kaas, carta que nunca llegó a su destino, y se captó subrepticamente la aprobación del partido de centro alemán, así en 1970 Allende engañó a los demócratacristianos chilenos firmando un acuerdo de garantías constitucionales, con el único objeto de obtener los votos demócratacristianos para su designación como presidente. Poco después, en una entrevista con Régis Debray publicada el 16 de mayo de 1971 en el semanario socialista *Punto Final*, declaró a la manera de Hitler que para él esta garantía constitucional sólo había sido una "necesidad táctica": "Lo importante en ese momento era obtener el poder" (1).

En el intertanto, la investigación sobre la democracia ha aprendido las condiciones que se deben tomar en cuenta para el regreso al sistema democrático. Una dictadura totalitaria como el nacionalsocialismo o como el sistema ruso-soviético resiste todas las tentativas internas de disolución y las indagaciones desde el exterior. Nuestros medios de comunicación social y los políticos occidentales hace tiempo que parecen haberse acostumbrado a este hecho, ya que no se ha sabido nunca que alguno de ellos hubiese preguntado, aunque fuera una sola vez, a Gorbachev, a Fidel Castro, a Jaruzelski, a Husak, a Honecker o a Janos Kadar por sus planes de regreso a la democracia. Esto les sirve a los políticos alemanes para justificar a posteriori, lo que es absolutamente imperdonable, la política complaciente de las potencias occidentales frente a Hitler antes de estallar la Segunda Guerra Mundial.

Los sistemas autoritarios y militares, en cambio, pueden volver a la democracia parlamentaria, como lo demuestra toda una serie de procesos de regreso. En Europa, España y Portugal volvieron a la democracia después de fallecer Franco y Salazar. En España, el propio Franco había preparado la transición. La Junta Militar griega también cedió el paso a una democracia parlamentaria. Igualmente, los militares turcos han regresado en repetidas oportunidades a sus cuarteles, franqueando ellos mismos el camino para un nuevo desarrollo democrático.

Naturalmente, en estos procesos de regreso a la democracia hay que mencionar la gran fuerza de arrastre que ha tenido en Europa la participación en alianzas militares y económicas. Ningún Estado miembro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y de la Comunidad Europea se puede sustraer a la presión de la legitimación democrática, tal como ningún Estado miembro del Pacto de Varsovia y del COMECON se puede evadir para llegar a ser un Estado constitucional democrático. La inclusión en un bloque constituye nuestra libertad y es motivo de la falta de libertad en el caso de nuestros compatriotas que deben vivir en la República Democrática Alemana (RDA).

Es diferente la situación en Latinoamérica, en Africa y en el Cercano Oriente. Si allí se encuentran democracias como Israel, tienen un carácter insular o bien, como el Líbano, se ven despedazadas por poderes autoritarios y organizaciones terroristas. En Latinoamérica, Chile, con su tradición de-

(1) Lothar Bossle, Allende und der europäische Sozialismus, 2ª edición, Würzburg 1981, pág. 73.

mocrática, también constituye un caso insular especial; porque Bolivia, Argentina, Brasil, Ecuador y Perú siempre vuelven a caer en sistemas de Juntas, cuando la democracia ya no encuentra camino de salida de las crisis. En esos casos, los militares son la única organización intacta que puede y debe actuar, porque las instituciones democráticas basadas en el principio de la división de los poderes no están debidamente desarrolladas. Esta condición de Latinoamérica no se puede modificar ni por teorías, ni por juicios caseros, ni mucho menos con pedanterías propias de maestros secundarios alemanes.

Este entorno inestable naturalmente tiene influencia en Chile al plantearse la cuestión del regreso a la democracia parlamentaria, ante todo porque los ejemplos de los países vecinos no son muy alentadores. Hay que recordar que los militares argentinos fueron llevados ante la justicia. En Brasil, en vista del desmoronamiento de la moneda y de la situación de abastecimiento, además de la creciente inestabilidad jurídica, el clamor por el regreso de los militares se escucha cada vez con mayor insistencia. En el Perú, el Presidente socialista García ha llevado al país a una situación muy parecida al estado final de la presidencia de Allende.

Los militares chilenos, que no llevan la tara de una tradición de revueltas como en otros países de Latinoamérica, se han comprometido con un plan de regreso a la democracia parlamentaria. Según la Constitución de Chile de 1980, entre 1988 y 1989 se deberá elegir a un nuevo Presidente. En este año se han promulgado las leyes de partidos políticos y de elecciones. En el intertanto, nuevamente existen en Chile unos 60 partidos políticos que realizan sus asambleas y reuniones sin impedimento alguno. Así, quienes realmente deseen ayudar a que Chile pueda regresar a un sistema democrático parlamentario y de partidos políticos, deberán fortalecer a aquellos partidos que quieran seguir el camino fijado por la Constitución. Lo único que aún podrá retardar este proceso son los actos de violencia y de terrorismo, como igualmente el apoyar partidos que no están dispuestos a moverse sobre el fundamento de la Constitución. Si a todo esto se agregan las intervenciones extranjeras de la Unión Soviética, de Cuba y, notablemente, también de la República Federal de Alemania, este proceso de regreso a la democracia se pone en peligro porque, ciertamente, en Chile no se podrá pensar en una solución que conduzca a la humillación de los militares. Al igual que en el proceso de regreso a la democracia del Uruguay, el regreso consolidado a la democracia sólo se podrá lograr en Chile en la continuidad con los militares.

Cuando los autores del presente informe planearon la exposición del proceso de regreso de Chile a las formas constitucionales de una democracia parlamentaria, justamente acababa de aparecer una "Documentación" de la Oficina Federal de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) sobre "Menschenrechte in Chile" (Derechos humanos en Chile). En ese momento no se podía prever aún que por la excursión del actual Ministro del Trabajo de la República Federal de Alemania (RFA) al mundo de la política exterior, hasta entonces desconocido para él, el sufrido Chile inesperadamente se convertiría en un problema central de la política interna de Alemania. Por tal motivo, este informe sobre la democracia ha cobrado una actualidad verdaderamente candente, ya que las consecuencias del viaje de Norbert Blüm a Chile nos muestran, en la RFA, cuánta perturbación puede causar la ac-

tuación de un político interno, por muy competente que sea en su propio ramo, cuando se aventura al campo de la política exterior para allí juntar puntos que apoyen su popularidad interna.

El viaje de Norbert Blüm a Chile y sus catastróficas repercusiones en los medios y la política, nos hacen preguntarnos hasta qué punto la democracia alemana conserva los fundamentos de su capacidad intelectual y de estructuración.

I

INCENDIO EN LA ESTEPA

Hay que recordar que ya por segunda vez en este año un detonante, psicológicamente calculado, llevado a la práctica con el acompañamiento de nuestros medios de comunicación masiva explotó en el extranjero, e hizo perder su equilibrio político a muchos alemanes. Primero fue la iniciativa de desarme de Gorbachev que en quince días hizo derrumbarse el sistema acumulado de ideologías, actitudes y profesiones de fe de los alemanes, mientras Inglaterra y Francia, tal como otros países europeos, mantuvieron la sangre fría. Durante este período desapareció totalmente de la conciencia de muchos alemanes el hecho de que después de la Segunda Guerra Mundial debemos agradecer nuestra libertad a nuestra asociación con el mundo de las democracias occidentales. Luego, las graves consecuencias del viaje estival de Blüm a Chile volvieron a recordarnos que el moralista socialcristiano Goetz Briefs tuvo razón al resumir en 1969 la experiencia de toda una vida, diciendo que los alemanes tenemos como característica nacional una "violencia volcánica que puede despedazar con su inesperada y oscura fuerza el manto de civilización y cultura, al parecer delgado" (2).

Ambos sucesos han producido un verdadero incendio estepario, que se desencadenó irracionalmente en el paisaje sólo aparentemente racional de la democracia alemana. Esto debe dar motivo para preocuparnos profundamente por la solidez de nuestras posiciones intelectuales, éticas y políticas. —¿Estás de acuerdo con la proposición de desarme de Gorbachev? ¿Sí o no? ¿Se practica la tortura en Chile? ¿Sí o no?— Esta manera irracional de preguntar aparentemente fue el único producto que ha quedado en pie de toda nuestra formación cívica adquirida desde 1945. La única diferencia entre ambas brutales argumentaciones se encuentra en que a Gorbachev se le entrega una confianza ciega, y a Pinochet, una desconfianza ciega. Apenas se ha cansado ahora la gente, ya que todos los días los periódicos y las noticias de televisión informan sobre el "Estado torturador Chile", ya la discusión se centra en los cohetes Pershing 1A desplegados en suelo alemán y comienza a generar ese estado de excitación emocionalizada.

¿Hasta cuándo los ciudadanos y políticos alemanes seguirán siendo presa tan indefensa de esta magistral puesta en escena de los medios? Contra estos

(2) Goetz Briefs, *Die dünne Grenze zur Barbarei*, tomo 54, *Reden zur Zeit, Würzburg 1981*, pág. 15/16.

huracanes que anulan toda argumentación racional referida a la realidad, ya no puede llegar a la ciudadanía ni siquiera el balance más admirable de la eficiencia de un gobierno. Es una consecuencia de este extremado ritmo histórico, entre otras cosas, el antagonismo que siente nuestra generación académica joven —no la que trabaja— contra la técnica y la economía, antagonismo que en ninguna parte resulta ser tan fuerte como en la RFA, a pesar de que podemos exhibir los mejores índices económicos (3). Las irracionales confusiones de nuestra conciencia espiritual y política, junto a una situación económica brillante, agravan cada vez más la dificultad que tienen nuestros aliados para entender a los alemanes. Cuando recientemente la Fundación Konrad Adenauer realizó un simposio en Los Angeles, los participantes americanos constataron que en Alemania, pese al bienestar económico, en todas partes reina el miedo: “Miedo por los bosques que se mueren, miedo a una guerra atómica, a las condiciones atmosféricas”, ante el niño, ante la vejez, ante la eficiencia, ante la realidad (4).

¿Por qué somos los alemanes quienes en sus reflejos de miedo llamamos la atención más que otras naciones? Paul Tillich, filósofo protestante, en su “*Philosophie der Macht*” (Filosofía del poder) distinguió entre el miedo existencial y el miedo neurótico. Al parecer, en sociedades que han alcanzado un gran ahuecamiento secularizado y en donde los problemas existenciales ya no tienen importancia “mayoritaria”, aumenta la explosión del miedo neurótico. El motivo de estos estados de miedo se encuentra geográfica y moralizadamente en Tchernobyl, en Washington, en Santiago de Chile —y la excitación la sentimos nosotros—. Sólo un pueblo que ha perdido la conciencia de su propia identidad practica esta clase de masoquismo.

La explicación más frecuente de la pérdida de identidad de los alemanes se deriva de su estado de permanente división y el quebrantamiento de nuestra columna vertebral nacional, por la culpabilidad alemana en el nacionalsocialismo. Ciertamente, estas taras jamás deberán borrarse de nuestra memoria. Sin embargo, no explican por qué, después de una convincente historia en democracia de más de 40 años desde 1945, en 1987 los alemanes han adquirido una relación inusitadamente cercana al miedo y dudan de sí mismos. ¿Podrá aún explicarlo nuestra vinculación con la red nacionalsocialista de ideologías? Pinochet, en su conversación con Blüm, también le echó en cara que los alemanes no hace mucho tiempo que fuimos cautivos de una dictadura.

Es verdad que nos resulta muy difícil explicar hoy día a otros pueblos y a nuestra juventud por qué una nación que culturalmente y como sociedad industrial ocupa una posición tan avanzada como los alemanes, en 1933 pudo correr al encuentro de los tentáculos de un dictador. De todos modos, un camino errado como ése nos ha movido a continuar esa tradición de pensamiento político quejumbroso, tal como Hermann Oncken caracterizó la situación afectiva de los alemanes después de la guerra de los treinta años.

(3) Lothar Bossle, *Die Technikfeindlichkeit der jungen Generation*, en: *Politische Studien* Nº 293, año 38, marzo/junio 1987, págs. 298-305.

(4) Michael Groth, *Anständig miteinander umgehen. Die deutsche Frage nach amerikanischen Sorgen*, en: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 13 de agosto 1987, pág. 8.

Está fuera de toda duda que nuestra inestabilidad interna no tiene causas externas, sino exclusivamente psíquicas e intelectuales que se deben a errados mecanismos de pensamiento a partir de 1945.

Este debilitamiento de nuestra salud política no se presentó en los años de la era de Adenauer, pero en los años de 1960 y 1970 se operó una transformación brusca de nuestro pensamiento público. Desde entonces se introdujeron a la política alemana complejos colectivos de culpabilidad y expiación como categorías paralizantes y de miedo. Esta obsesión de autodesgarramiento a que desde entonces nos han arrojado los medios y los políticos alemanes del Este, se puede caracterizar como el síndrome de Heinemann. Lo que él concibió como una posición de penitencia institucionalizada frente a los crímenes del sistema de poder nacionalsocialista, tuvo en adelante el efecto de un salto a cierto vacío de la historia nacional. Por eso caemos ante cualquier estímulo desde el exterior y cualquier escenificación momentánea nos parece ser la cosa más importante del mundo. Nos trasladamos de una nube de excitación a otra, creyendo, sin embargo, que permanecemos en la tierra, porque nos damos por satisfechos con la droga de una permanente transformación de valores.

No todos los alemanes piensan y sienten el apocamiento producido por este síndrome. Sin embargo, aumenta en muchos alemanes la impotencia del pensamiento autóctono y referido a la historia, porque ni los políticos, ni los científicos ni las iglesias han podido interpretar y superar las consecuencias del accidente intelectual y político, en que ha llegado a dar la RFA en la década del 60. Debido a que no realizamos esta tarea actual de diagnosticar nuestro pasado reciente, en los años del 60 nos ocupamos de la batalla tan superflua del positivismo en la sociología alemana y en la década del 80 no salimos de la igualmente superflua discusión de los historiadores sobre la "singularidad de los crímenes de Hitler". Expresamos nuestra satisfacción de haber superado algunas o muchas posiciones unilaterales de nuestro tiempo moderno, suponiendo de acuerdo a la época que en el intertanto hemos alcanzado el estado histórico final del postmodernismo.

En una democracia no se debería esperar de un buen gobierno que por añadidura proporcione una conducción espiritual. Sin embargo, nuestros políticos partidistas deberían saber que las actuaciones políticas del año 2000 no se pueden justificar con muletillas retóricas de la década del 60.

Si los alemanes queremos indicarles a otros pueblos el camino hacia la democracia, no debemos permitir que nuestra propia democracia se convierta en una tienda, que en cada temporada ofrezca una nueva transformación de valores. La creencia de que para comprender intelectualmente nuestro mundo actual basta con comprender la transformación de todos los valores, tiene un efecto demasiado exiguo como para procurar una perspectiva intelectual renovadora a una democracia libertaria. Una democracia no es exclusivamente una imagen de efectos intelectuales, pero si no se comprenden las condiciones elementales de la convivencia libre entre los hombres, orientada en los fundamentos de la cultura europea, se atrofia hasta la inverosimilitud y se convierte en juguete del capricho de los estrategas de la transformación. René Koenig, como sociólogo, ha expresado la objeción contra la filosofía de Wilhelm Dilthey de que el transcurso del acontecer

histórico no es un proceso de riqueza interior, sino que es influido en forma muy importante por las condiciones dadas de estructura.

La política alemana hoy día está mucho más determinada por una falsa afectación que por una verdadera riqueza interior. Nuestra riqueza interior alemana, tan alabada, pero también rechazada, que en el siglo XIX celebró triunfos filosóficos y literarios tan notables, ya no ha dejado en el engranaje de nuestra política y en los medios más que un resto de ajetreteadas formas de exteriorización. Por eso no nos dedicamos a elaborar conceptos que puedan enfrentar el futuro, sino que miramos con la fijeza del miedo la explosión del próximo incendio de la estepa. Por eso tantos alemanes hoy día guardan silencio porque extrañan el mensaje apostólico de una idea espiritual y política y están hartos de la espantosa imagen apocalíptica.

II

EL VIAJE DE BLUM A CHILE, ¿FUE SOLO UN INTERMEDIO DE VERANO?

El Canciller Federal ha vuelto a su despacho después de sus merecidas vacaciones de verano. Por experiencia y con toda justificación puede partir del supuesto de que ahora algunas escenificaciones del teatro de verano de este año desaparecerán, en vista de que seguramente algunos de los directores de escena y artistas principales ya están contratados para el próximo trueno teatral. Así, probablemente los rumores sobre la disolución de la comunidad de las fracciones Unión demócratacristiana y Unión Socialcristiana (CDU y CSU) demostrarán carecer de toda razón de ser, ya que ni Kohl ni Strauss querrán cometer un suicidio político partidista. En la continuación del teatro de verano de este año ciertamente le quedan al Canciller Federal, como efectos de largo plazo, las debilidades estructurales de su coalición que, probablemente, resultarán ser para la CDU/CSU fallas duraderas y motivo de mayor debilitamiento de sus fundamentos.

En los gloriosos años de la era de Adenauer, cuando se echaron los cimientos de la democracia alemana, la política exterior y económica se encontraba en las buenas manos de la CDU/CSU. Konrad Adenauer, quien hasta 1955 también fue el primer Ministro de Relaciones Exteriores, y Ludwig Erhard, con su decidida política de conexión con Occidente libre y su apasionada defensa de la economía social de mercado, crearon un fundamento sólido y confiable. Así consiguieron rebatir la destructora leyenda que se produce con demasiada facilidad en una democracia parlamentaria y según la cual un partido se desgasta en la responsabilidad de gobierno.

El secreto de las repetidas victorias electorales de la CDU/CSU, sin embargo, también estuvo en la diferente calidad publicitaria de las carteras ministeriales. Si para este estudio comparativo descartamos por una sola vez los ministerios condicionados por la época, tales como el de la Familia, de Colaboración económica, de Tecnología, de Educación y Ciencia, y nos concentramos única y exclusivamente en los ministerios clásicos, obtenemos la siguiente escala de simpatía y rechazo: siempre es posible, sin perjuicio de

la calidad del funcionario respectivo, ganarse gran popularidad en los ministerios de Relaciones Exteriores y de Economía. Neutrales, pero nunca conducentes a la popularidad son los ministerios de Justicia y de Agricultura. Siempre gozan de publicidad negativa los ministros de Defensa, del Interior y de Hacienda. Esta sociología de la irradiación positiva y negativa de los ministerios clásicos en la democracia actual soporta cualquier comparación. Erhard, quien según su propia confesión se vio mucho más como científico que como político, fue desusadamente popular en comparación con el primer Ministro de Hacienda de Adenauer, Fritz Schaefer, quien fue algo así como una roca en política. La confianza en el poder de estructuración política de la CDU/CSU disminuyó desde el mismo momento en que en la Gran Coalición Willy Brandt se hizo cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Karl Schiller tomó a su cargo el Ministerio de Economía. El Ministro de Hacienda en la Gran Coalición, Franz Josef Strauss, ciertamente hizo muy buena política, pero, a pesar de sus notables resultados, no pudo penetrar los Walhalla, en que se coloca a los estadistas populares. Así, pues, realmente forma parte de la tragedia de la carrera política de Strauss el que en Bonn hubiese sido ministro de tres carteras, en las cuales, debido a su gran y profundo conocimiento de causa y su decisión de actuar, pudo despertar gran admiración, pero nunca llegó a ser popular.

Por otra parte, es indiscutible que Willy Brandt, de ningún modo capacitado para ejercer una cartera ministerial, se abrió paso como Ministro de Relaciones Exteriores. El sencillamente dejó rienda suelta en ese Ministerio, antes conducido en forma estricta y eficiente por Gerhard Schroeder, e hizo propaganda de su propio nombre, ávido de publicidad, en conferencias internacionales. Desde entonces la política exterior alemana se mantuvo en este nivel. Es verdad que con la diferencia de que desde 1969 el Ministerio de Relaciones Exteriores se ha convertido en dominio exclusivo del FDP (*Freie Demokratische Partei* = Partido Demócrata Libre). Esto también explica en parte por qué el SPD (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands* = Partido Socialdemócrata de Alemania) en la coalición con el FDP tuvo tan poco apoyo del electorado. Este partido también tuvo a su cargo aquellos ministerios que no producen ninguna publicidad positiva. Seguramente, esta circunstancia junto con las controversias interiores del partido contribuyó al término del gobierno bajo Helmut Schmidt. Los partidos socialistas, debido a tener que guardar fidelidad a sus principios, de todos modos se sienten más a sus anchas en la oposición. Por tal motivo, su nostalgia por salir del gobierno aumenta cuando no logran imponer su programa.

Muchos debilitamientos de la imagen efectiva de la CDU/CSU también se explican por el hecho de que la Unión, desde 1966 —es decir, desde hace 21 años— ha perdido su competencia de conducción en política exterior y económica, aunque hasta el día de hoy representa el socio más confiable de la OTAN y es custodio de la economía social de mercado entre los partidos alemanes. Paralela a esta pérdida a nivel de gobierno, es la falta de políticos exteriores en sus filas. Karl Carstens, no sólo un excelente Presidente Federal, sino también diplomático de grandes méritos, ya no es activo en política. Rainer Barzel cayó en desgracia, según el típico modo de la CDU, lo que en vista de su gran talento político resulta imperdonable. Alois Mertes y Werner Marx, dos apasionados políticos exteriores de formación espiritual y cientí-

fica extraordinaria y con gran penetración analítica, fallecieron prematuramente. El Conde Hans von Huyn, que posee las mismas cualidades, perdió su reelección a la fracción de la CDU/CSU en el Bundestag. Con esto, la perspicacia de política exterior en la fracción CDU/CSU se ha visto reducida a Alfred Dregger y Hans Sterken. Hans Klein, un excelente ministro, ciertamente puede adquirir renombre en el extranjero con sus conceptos realistas en política de desarrollo, pero dentro de la RFA no se le considera ser un buen reemplazo en el plano de política exterior.

En vista de esta sangría de expertos en política exterior a nivel de gobierno y de la fracción, en la CDU, la conducción y la política exterior han llegado a caer en manos de las carteras sociales, que son manejadas por el ex Ministro de Obras Sociales de Renania-Palatinado y el actual Ministro Federal del Trabajo. El desagrado que produjo la pérdida de competencia en la conducción de la política exterior se convirtió luego en un continuo desastre debido a esta representación diletante; las declaraciones de política exterior publicadas hasta hoy día por estos dos aventureros viajeros demuestran una arbitrariedad ideologizada.

Así dan a conocer su decisión de abogar en todo el mundo por los derechos humanos. La batalla por imponer los derechos humanos ciertamente constituye una obligación para todos los demócratas. Es necesario lograr en todo el mundo que los hombres puedan vivir en libertad y con respeto a su dignidad. Esta posibilidad se da más fácilmente cuando los derechos humanos no sólo están escritos en la Constitución de un país, sino cuando un Estado en que se ha cercenado la libertad y se han violado los derechos humanos establece un plazo en que volverá a la forma de vida y jurídico-estatal democrática. Si Norbert Blüm no sólo quiere visitar próximamente a Sudáfrica, sino todos los países del mundo en que el respeto a los derechos humanos es deficiente según el estándar europeo, podría muy bien despedirse de su ministerio de Bonn por el resto del actual período legislativo, porque no tendría necesidad de volver en los próximos tres años de las numerosas repúblicas soviéticas, de Afganistán, países del Africa negra, Cuba, Nicaragua, en todos los cuales podría examinar la situación de los derechos humanos. Probablemente también tendría que pasar un tiempo bastante prolongado en el Perú que, a pesar de un gobierno socialista, es asolado por un terror paralizante, porque los grupos terroristas no se inmutan en absoluto por las reales condiciones sociales y políticas de su país.

Todas las experiencias sociológicas que se han hecho hasta ahora con el desarrollo de las bandas terroristas indican que éstas permanecen fieles a su objetivo original: el sabotaje, el asalto, los atentados con bombas y el asesinato. Así sucede, indiferentemente que se trate de la Fracción del Ejército Rojo alemana, de la Action Directe francesa, de las Brigadas Rojas italianas, del Sendero Luminoso peruano o del MIR chileno. Este último incluso llegó a poner en apuros al propio Allende porque, aun durante su administración, no pudo dejar de cometer asaltos, asesinatos y bombazos.

Un mínimo de reflexión sobre la defensa fidedigna de los derechos humanos debería haber hecho pensar a Norbert Blüm que habría sido mejor elegir para liberarlos a individuos prisioneros y torturados que hubiesen

presentado una resistencia espiritual y política, pero no una resistencia violenta contra un sistema de opresión. ¿Por qué entonces, y al contrario de lo que se pudiera esperar, su intervención tan reveladora en favor de los miembros de un grupo terrorista que no nació en la resistencia contra el régimen de Pinochet, sino que se creó en la década del 60? Todo conduce, pues, a pensar que, igual que el Sendero Luminoso, también continuarán sus tradiciones terroristas después de la transición de Chile a la democracia parlamentaria en 1989. Norbert Blüm y Heiner Geissler también deberían acordarse de la embarazosa situación que vivimos en 1974, después del derrocamiento de Allende. Entonces habíamos recibido en nuestro país a algunos asilados que después resultaron ser Tupamaros del Uruguay y que durante años habían sido buscados como asesinos del embajador alemán en Guatemala, Conde Spreti. Por último, los desviamos a Suecia.

¿Por qué Blüm se abalanzó justamente sobre Chile para aparecer como el mejor defensor de los derechos humanos y despertar admiración en la política interna? A esta pregunta, que muy pocas veces se ha planteado, tendremos que responder que la "dramaturgia chilena", que aparentemente ha llenado toda la temporada de nuestro teatro de verano político, ya había comenzado con una obertura de aficionados. En efecto, en la década del 60, Heinrich Gewand, boticario que entonces era representante de la CDU en el Bundestag, viajó a Chile para elegir allí a un socio de la CDU entre los partidos chilenos. Iba tan desprovisto de conocimientos sobre el país como Blüm. Por una simple comparación de pensamiento, se dijo que CDU en Alemania y demócratacristianos en Chile hacían muy buena pareja. El mismo acto de simplicidad de aficionados en política exterior se repitió años después, cuando la CDU recayó en un socio errado en España.

La negligente actuación de Gewand dio origen desde entonces a una relación de complicidad entre la CDU y los demócratacristianos chilenos. Esto, mucho más que cualquier otro análisis de motivos, explica por qué Blüm se hizo encargar su viaje a Chile por Geissler. Desde aquel entonces los demócratacristianos chilenos son financiados por la CDU, y sus personeros recurren con demasiada prontitud a la exageración sensacionalista para aumentar la demostración de ser absolutamente imprescindibles. En esto ni siquiera tienen escrúpulos de servir a la CDU con datos falsos. Así, el 22 de enero de 1986, el doctor Geissler entregó a la publicidad una documentación de la oficina de la CDU sobre "Los derechos humanos en Chile", que está plagada de indicaciones falsas. En la página 17 de esta documentación, por ejemplo, se dice que Leopoldo Muñoz de la Parra había perecido el 30 de marzo de 1985 víctima de la violencia. Un año después de la fecha de su presunta muerte, el 31 de marzo de 1986, dio una entrevista al periódico de oposición *Hoy* en su número 454.

La única disculpa que podría aducir un político —pero imperdonable para un jurista—, el Dr. Geissler, es que posiblemente no hubiese leído la documentación, pero de todos modos la dio a la publicidad. Probablemente, claro, no querrá saber nada de correcciones, tal como tampoco acepta que en Chile lo orienten otras personas fuera del círculo de ciertos demócratacristianos. Este complot de compinches alcanza extremos que llegan a debilitar a la CDU dentro de la coalición. Así, muchas personas conocen el lugar, como

también el grupo de personas en Santiago de Chile, en donde Heiner Geissler, en su última estadía, respondió a la queja del democratacristiano de izquierda Gabriel Valdés sobre el Primer Consejero de la Legación alemana, que estaba gustosamente dispuesto a conseguir su reemplazo ante Genscher. A esto accedió encantado el antiguo presidente del FDP, y pronto el Primer Consejero de la Legación, Linke —miembro de la CDU—, quien goza de gran popularidad en Chile debido a su manera de ser humana y abierta, fue transferido a Venezuela, aunque ya se había previsto una posición más elevada para él.

Por todos estos motivos, la CDU, consciente del juego de ruleta instigado por Geissler para atrapar a grupos políticos, debe preguntarse seriamente si en esta forma no sólo ganará nuevos grupos, sino también correrá peligro de perder su clientela actual. En el intertanto, antiguos estamentos tradicionales del partido se han convertido en grupos problemas. Entre ellos se encuentra el servicio exterior, cuyos miembros de la CDU no pueden comprender que en la última conformación del gabinete ministerial, además de otras decisiones que demuestran gran despreocupación, el Ministerio de Relaciones Exteriores quedó completamente entregado al FDP.

De este dilema no se podrá desprender la coalición CDU/CSU, si no quiere hacer peligrar su continuidad. Pero lo que se debe hacer lo antes posible: el Canciller Federal por ningún motivo deberá dejar el manejo de la política exterior de la CDU en manos de sus expertos sociales. En efecto, para atender las obligaciones de política exterior se necesitan más bien cualidades de serenidad o de reflexión que de locomotora. La pérdida de competencia en política exterior y económica que ahora se ha producido en la CDU/CSU ha contribuido más que cualquier otro factor a que el liderazgo de opinión, dentro de la coalición, haya quedado en manos del FDP. Los éxitos del gobierno federal, indiscutiblemente considerables, no podrán convertirse así en publicidad y votos electorales para la CDU/CSU. Allí está el centro de gravedad de la cuestión de poder, de la que Rita Süßmuth habló erradamente cuando indicó que las tensiones entre la CDU y la CSU se habrían debido a este factor.

Fuera de evitar mayores *faux pas* en política exterior, la CDU en este momento no puede hacer nada para remediar esta situación, pero sí puede dar paso a renovaciones internas del partido y demostrar una posición clara para el año 2000 y más allá. Como la fuerza más poderosa en el sistema de partidos alemanes, debe volver a consolidar su lugar para interpretar y estructurar la realidad alemana, tal como lo hizo en su tiempo a través de Adenauer y Erhard.

Esta refrescante renovación, sin embargo, no se podrá lograr con sólo saltar en un trampolín para no perder “la conexión con la transformación social de valores”, cosa que parece ser la tabla de multiplicaciones en la estrategia de Heiner Geissler. Fuera de que el papel de equilibrista sobre las caprichosas olas de la transformación de valores ya es desempeñado por el SPD, la renuncia al anhelo humano por lograr una posición sólida no constituye ningún concepto de éxito para un partido político. El nirvana de un mundo en continua transformación de valores sólo justifica la promesa de un partido de conducir a un Estado a un futuro incierto e inseguro. El rápido

tránsito de una euforia de reforma utópica a una desesperación existencial debiera, pues, prevenir a cualquier cientista social que no haya perdido la visión de recomendar a un partido, lo que necesariamente habrá de llevar después a la perdición programática.

No sólo la CDU sino todos los partidos que se sienten comprometidos por nuestra Ley Fundamental deberían asumir, después del exceso erosionador de valores desde la segunda mitad de la década del 60, la responsabilidad de basarse en las experiencias que la historia europea ha confirmado repetidamente, para desarrollar los programas futuros sobre ese fundamento seguro. Alguna vez, Theodor Heuss dijo con gran acierto: "La política es historia coagulada". ¿Pero cómo se quiere hacer política sin considerar la experiencia histórica? Después de 1945, Adenauer logró transmitir a los alemanes un mensaje que, después de la dolorosa experiencia del conflicto alemán entre el Este y el Oeste, les permitió consumir la clara alianza con el mundo de las democracias occidentales. Esto constituyó una clara política exterior. Erhard, basado en un pensamiento económico y ético fructífero y formado en la escuela de Wilhelm Röpke, Alexander Rüstow y Walter Eucken, convirtió la concepción de la economía social de mercado en la realidad de la Alemania libertaria. Esto constituyó una clara política económica.

La orientación programática de la CDU sólo puede encontrarse en la síntesis entre la doctrina económica ordoliberal y la ética social cristiana —y no en el análisis de la transformación de valores, sin importar a dónde éste nos conduzca—. Con toda seguridad también fracasará una estrategia que renuncie al propio perfil y trate de arrebatar determinados grupos de votantes a otros partidos. Ciertamente, ya no tenemos un derecho electoral de siervos de la gleba. Así, los electores que se cambian de partido no se ganan por cacería de grupos, sino porque ya no están de acuerdo con el partido que hasta entonces habían elegido. Sin embargo, actualmente ya ningún partido podrá estar seguro de la pérdida de electores tradicionales. También los electores verdes maduran y entonces eligen un partido al que atribuyen una actuación responsable. Los republicanos están dispuestos a recibir a los electores conservadores decepcionados de la CDU/CSU. El SPD puede moverse entre temores y alivio si pierde la clientela intelectual bohemia que ingresó al partido para favorecer a Willy Brandt. El FDP ha recuperado electores que se mantuvieron como liberales de derecha en la CDU/CSU durante su desviación socialista de 1969 hasta 1982. La CDU/CSU, en cambio, tuvo durante ese período una gran influencia de electores, ya que fueron muchos los alemanes que vieron en este partido el único baluarte contra un orden socialista definitivo. Este tiempo atractivo, durante el cual los electores acudían a esta coalición por preocupación, ha pasado desde que ella ha vuelto a tomar la responsabilidad de gobierno.

Las mejores posibilidades de ampliar su plataforma en medida considerable sin duda las tiene actualmente el FDP. Pero esto no ocurrirá quitándole más electores a la CDU/CSU, sino única y exclusivamente por un programa y una estrategia que terminen con la alianza entre socialismo y protestantismo, fraguada por Gustav Heinemann. Esta debería ser la meta espiritual de actualidad para el liberalismo alemán. Su realización podría volver a pro-

porcionarle la antigua solidez autóctona de los tiempos de Friedrich Naumann, Eugen Richter y Gustav Stresemann.

Una ampliación de la CSU al ámbito total de la República Federal, como ahora ha vuelto a ser propuesta por Günter Rohrmoser, constituiría el fin previsible de la CDU y la CSU como partidos capaces de aglutinar una mayoría. Amigos que durante años han colaborado y han tenido en común un idéntico pensamiento político, repentinamente se verían enfrentados como adversarios de partido. Con sólo estas pérdidas ocasionadas por fricciones bastaría para entretenerse improductivamente. Nadie que entienda algo de las estructuras internas de un partido podrá aconsejar ni a Kohl ni a Strauss una estrategia de esta clase. El dilema histórico de dos partidos que se llaman cristianos en la patria de Helmut Kohl, la antigua Renania-Palatinado bávara, donde durante la República de Weimar el partido de centro alemán y el partido popular bávaro polarizaban la parroquias católicas de la diócesis de Speyer, debería ser suficiente advertencia ante cualquier deseo de repetir este ensayo.

No puede estar en el interés de la democracia alemana que el gobierno presente fallas estructurales explosivas y que la oposición se desgrane. Tampoco puede ser aconsejable dividir a la CDU/CSU en la comunidad programática y estructural que ha tenido hasta ahora, ni abrigar la esperanza de que se ganaría algo para la estabilidad de la democracia alemana si el SPD perdiera totalmente su serenidad después de su excursión a la ligereza política, simbolizada por Brandt.

El intervalo de verano no ha sido la única causa de que el viaje de Norbert Blüm a Chile plantee problemas de pérdida de competencia de la CDU/CSU en la conducción de la política exterior y económica y también de una nueva orientación en el paisaje de partidos alemán. Con todo esto le hemos demostrado al mundo que la democracia alemana se encuentra en una situación desmedrada al considerar sus posibilidades tangibles.